

Las múltiples caras de la economía europea

MARÍA ÁNGELES DURÁN *

En los días 10 a 13 de noviembre de 2004 se ha celebrado en Palermo (Italia) un Foro Mundial promovido por la OCDE con el sugestivo título de “*Estadísticas, conocimiento y política*” al que han asistido quinientos expertos. La yuxtaposición de estas tres palabras sintetiza la conexión entre la producción de datos, la utilización de los datos para el conocimiento de la realidad, y la dimensión política de la producción y utilización (o, en su caso, la no-producción y no-utilización) de la información estadística.

En una época de progresiva globalización, el papel de las grandes instituciones internacionales que producen información económica es cada vez más relevante a efectos políticos y científicos.

* Catedrática de Sociología. Profesora de Investigación del CSIC.

Como señalaba la convocatoria de este evento, la OCDE ha producido en la última década sistemas de indicadores encaminados a evaluar la situación económica, social y medioambiental. Su papel ha sido de “catalizador”, para “promover la investigación y compartir la información entre países”, de modo que se puedan comparar las posiciones relativas de diversas entidades políticas (países, regiones, etc...) y su progreso o retroceso. La OCDE propone que se establezcan una serie de medidas dirigidas a constituir una “comunidad organizada de prácticas”, y entre estas medidas destacan los foros periódicos que ofrezcan un espacio común de discusión a políticos, parlamentarios, investigadores y académicos, así como a representantes de asociaciones (sindicatos, ONG’s, empresarios) y otros tipos de instituciones interesadas.

No es objeto de este artículo el papel de la OCDE en la producción y difusión de indicadores económicos convencionales, que es muy conocido. Lo que trata de destacar es su labor actual y potencial en la producción y difusión de estadísticas socioeconómicas y sociales. Como se deduce del título del foro con cuya referencia se abren estas páginas, las estadísticas son simultáneamente hijas y madres del conocimiento. Y política y conocimiento están a su vez indisolublemente unidos, sin que pueda evitarse que los objetivos políticos favorezcan o retrasen formas específicas de conocimiento y, a la inversa, que determinados conocimientos y resultados de la investigación hagan bascular en una u otra dirección las propuestas políticas. Como un ejemplo de la conexión entre el dato y la política puede tomarse la reciente publicación de la OCDE “Employment outlook. 2004”. El informe ofrece una sección enormemente interesante sobre las NOE, acrónimo que resume las *Non Observed Economies* (en español y en francés, ENOs).

La estimación del volumen de este tipo de economía, que no tributa y es opaca a muchos indicadores macroeconómicos, varía considerablemente de unos países a otros. Basándose en las Cuentas Nacionales de cada país, las estimaciones de este informe les asignan desde un escaso 3,0% del Producto Interior Bruto en Australia hasta un 28,9% en Armenia, pasando por cifras intermedias para países como Polonia (se estima en un 13,3%) o Italia(16,0 %). Para España señala que “la economía en la sombra” podría ser del 17% del PIB. Un estudio de Blades y Roberts sobre fuentes del Fondo Monetario Internacional del año 2000 estimaba que para Italia las actividades no observadas incluidas en el PIB llegan al 27% y para Grecia superan el 30%. Para España lo estimaban en el 23%.

Reconocen los autores del citado informe de la OCDE que “la incidencia del trabajo no declarado y de las pérdidas por ingresos en impuestos pueden llegar a duplicar estas cifras”, especialmente en países con altas contribuciones a la seguridad social e imposiciones sobre el trabajo, porque “algunos trabajadores y sus empleadores prefieren recibir el pago de sus salarios directamente en metálico”, sin detraer cantidades por otros conceptos.

Que la OCDE y otras grandes instituciones productoras de información social y económica se ocupen detalladamente de las NOE o economías no observadas tiene un doble interés, político y científico. En primer lugar arroja luz sobre un fenómeno que es crucial para entender la estructura social de todos los países. Sin la economía sumergida no pueden entenderse las condiciones de vida en la mayor parte de los países subdesarrollados o en vías de desarrollo; pero también afecta a países de economías desarrolladas, como Italia o España. Desde la perspectiva social y política, la economía subterránea o no-observada es especialmente

importante porque no se reparte por igual en el tejido productivo, sino que se concentra en territorios y grupos sociales específicos, como inmigrantes, mujeres y jóvenes.

Por lo que se refiere a la investigación, el reconocimiento por las grandes instituciones de cooperación de que existen actividades escasamente aprehensibles con los instrumentos habituales de información y análisis económico, abre la puerta para la consideración de otras actividades igualmente extendidas y relevantes a las que el análisis económico convencional presta poca atención. Al aceptar y utilizar la denominación de “economías no observadas” se subraya la condición de “observador” o “narrador” del analista económico, y por lo mismo, la posibilidad de que existan diversas formas de relación entre los observadores y los fenómenos observados. Sin que expresamente se mencione, el lector que recibe información sobre “economías no observadas” aprende que la restante información sobre “economías observadas” es sólo el resultado de una forma peculiar de observación y análisis de una realidad que se reconoce más amplia y compleja. El observador es sólo un polo, una parte de la relación entre observador y observado. De modo implícito, el observador proclama su derecho a observar: pero es este derecho lo que activamente niegan los agentes de la “economía no observada”, que asocian observación con control y, por ende, con penalización. Los actores que participan en las NOE, o al menos los que tienen poder dentro de ellas, se protegen de la visibilidad porque es precisamente su situación opaca lo que les permite eludir el pago de impuestos, cotizaciones u otras restricciones legales.

Por lo que se refiere a la relación entre la actividad económica y sus observadores institucionales, algunos autores y movimientos sociales utilizan el término “invisible” en un sentido casi opuesto al de “no-observada”, puesto que lo que reprochan al observador es precisamente la incapacidad o desinterés en percibir su existencia. En la misma dirección, pero más contundente, va la expresión “economía oculta” cuando se utiliza para referirse a la “economía ocultada”: que ya no es la invisible, sino la que, habiéndose hecho presente al observador, sigue sin recibir atención ni señales de haberse percibido. En este contexto, el ocultamiento es una acusación conceptual, técnica y política; es la acusación de que se niega el re-conocimiento a una zona de la realidad económica porque su admisión implicaría una redefinición de las obligaciones y privilegios de diversos grupos sociales que interactúan y se ven forzados actualmente a ocupar posiciones muy dispares a uno y otro lado de la frontera del mercado.

Las variaciones semánticas no son caprichosas ni gratuitas, cada expresión se adecua a una necesidad y a una perspectiva diferente de análisis. Otra expresión relativamente reciente, como la de “economía ampliada”, y la más frecuentemente utilizada de “Actividades económicas ampliadas”, ha surgido en el contexto de una lucha de los movimientos sociales, especialmente de los movimientos ecologistas y los movimientos de mujeres, para que el análisis económico incluya en su marco de atención los recursos naturales escasos (el agua, el aire, los bosques, etc...) y el trabajo no remunerado que se realiza en los hogares y en las instituciones sin ánimo de lucro. Los avances logrados en la última década en la incorporación de la perspectiva medioambiental a la investigación y a la adopción de políticas públicas han sido extraordinarios; pero no se hubieran producido de no mediar la

presión de los agentes (asociaciones ecologistas, partidos verdes) que han reivindicado su prioridad como objetivo político.

En lo referente a la incorporación del trabajo que no tiene contrapartida monetaria directa al análisis económico, la Conferencia de Naciones Unidas sobre la Mujer (Pekín, 1995) marcó un punto de inflexión, al aprobarse la propuesta de una ampliación de los sistemas de contabilidad nacional con una cuenta satélite del trabajo no remunerado. Desde entonces ha transcurrido casi una década, y todavía no se ha producido el gran cambio contable que la ratificación de esta propuesta por la mayoría de los Estados miembros auguraba. Probablemente la puesta en práctica de esta medida entraña más dificultades técnicas y presupuestarias de lo que muchos delegados y representantes suponían en aquel momento. Sin embargo, se han dado pasos importantes en esa dirección, en tres niveles: el político, el estadístico y el teórico.

En el plano político, en esta década ha aumentado la presencia y receptividad al tema en la opinión pública, y, especialmente, en las agencias encargadas de llevar adelante los planes de igualdad, cohesión, pleno empleo y lucha contra la exclusión. En Europa, las demandas sociales, económicas y políticas vinculadas al envejecimiento y creciente dependencia de la población de edad avanzada han contribuido a visibilizar el valor del tiempo escaso disponible para la atención a este sector de la población y el coste de las medidas alternativas a los cuidados no remunerados tradicionales.

En el plano estadístico, ha tenido lugar un cambio de gran magnitud con la proliferación de las encuestas de uso del tiempo (*time budget*), de las que en la Unión Europea su máxima representante es la encuesta de Empleo del Tiempo coordinada por Eurostat, que en España ha sido realizada por el Instituto Nacional de Estadística (2002-2003).

También contribuye a este cambio la introducción del objetivo de “genderizar” (de difícil traducción al castellano) las estadísticas, o lo que es lo mismo, de no sólo integrar la variable sexo en la recogida y presentación de datos, sino la preocupación por el tipo de datos que sean realmente relevantes para conocer mejor la situación de las mujeres. El criterio de relevancia no siempre es el mismo para hombres y mujeres. En el reciente Foro de Palermo, el programa de sesiones se abría con la sesión monográfica titulada “Gender statistics: a tool to change policies”. En la presentación realizada por la canadiense Brigitte Neuman, se destacó el compromiso de Statistics Canada para producir un sistema estadístico que atienda tanto al trabajo remunerado como al no remunerado. Otras contribuciones señalaron compromisos parecidos.

Aunque más lentamente de lo que se pensaba en 1995, se está produciendo ya la necesaria acumulación de bases de datos sobre el trabajo no monetarizado, que tiene un alto significado social y político. La elaboración teórica ha avanzado proporcionalmente menos que la empírica, pero en este período también ha aumentado el número de investigadores que trabajan sobre el tema del trabajo desde nuevas perspectivas y puede producirse pronto un salto teórico cualitativo.

El avance teórico y empírico en el conocimiento de la economía del trabajo no remunerado tropieza con algunas resistencias. No faltan economistas que sostienen que el trabajo no

remunerado no podrá nunca incluirse en el marco de análisis macroeconómico: se basan para ello en una definición muy restrictiva de la economía, reducida a las mercancías o a su reflejo en el dinero. Sin embargo, son cada vez más los ciudadanos que no se conforman con esta respuesta y reclaman un conocimiento sistemático y riguroso sobre el modo en que las mercancías afectan a su propia vida; llámese economía o de cualquier otro modo, lo que exijan es un tipo de conocimiento que sirva para mejorar *sus* vidas, y no la de los mercados. Tampoco les convence el argumento de que, automáticamente, lo que sirva para mejorar el conocimiento sobre las mercancías servirá también para mejorar sus condiciones de existencia. Por ello piden un cambio en la prioridad de la investigación económica, que sitúe en primer lugar los beneficios humanos y sociales del esfuerzo de la investigación. La demanda de conocimiento sobre el trabajo no remunerado se sitúa en este contexto, en el debate sobre qué tipo de conocimiento puede y debe producirse y quién debe sufragarlo y llevarlo a cabo.

La investigación sobre el trabajo no remunerado y su interacción con las mercancías puede realizarse desde el campo de la economía o la sociología, o desde otras disciplinas fronterizas como la socioeconomía. A pesar de todas las dificultades inherentes a la creación de un tipo innovador de conocimiento, no hay duda de que existe una demanda creciente para ello, por lo que acabará consolidándose como una especialidad de las disciplinas anteriormente mencionadas o bajo una nueva denominación todavía no acuñada. En cualquier caso, la expresión habitualmente utilizada para referirse a la introducción del trabajo no remunerado en el cuadro contable macroeconómico es sumamente moderada y poco beligerante. Nada que ver con las críticas sustantivas vertidas en el conocido informe francés “Reconsidérer la Richesse” (2001), en el que entre otras cosas se pide una reconsideración del valor económico del tiempo. Como su propia semántica trasluce, las “Cuentas Nacionales Ampliadas” no son una alternativa rupturista respecto a las formas actualmente establecidas de análisis macroeconómico. No niegan el carácter central de las actividades que se traducen en términos monetarios, solamente propugnan la ampliación del análisis a las que no lo son y tratan de encontrar un instrumento conceptual y estadístico que permita efectuar el puente entre ambas realidades económicas.

Sólo muy recientemente han empezado a producirse estadísticas sobre el trabajo no remunerado, y todavía son un grano de arena por comparación con el ingente sistema de estadísticas e indicadores referidos al trabajo remunerado, esto es, al empleo o trabajo-mercancía. No obstante, existen cada vez más fuentes disponibles y los datos son de mayor calidad, rango de cobertura, accesibilidad y comparabilidad internacional.

Un estudio muy reciente dirigido por Iiris Niemi, titulado “How Europeans spend their time: Everyday life of women and men (data 1998-2002)”, publicado por Eurostat en 2004, fue presentado en la sesión “Comparing time across countries” de la International Association for Time Use Research (IATUR) el pasado mes de octubre de 2004 en Roma. Expone los resultados de sendas encuestas de empleo del tiempo en Bélgica, Alemania, Estonia, Francia, Hungría, Eslovenia, Finlandia, Suecia, Reino Unido y Noruega. Desafortunadamente, los datos de la encuesta española se han hecho públicos más tarde y no han podido ser objeto de este análisis comparativo, pero lo serán próximamente en otro estudio de características similares que está realizándose en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas(1).

Por lo que se refiere al trabajo no remunerado dedicado a actividades domésticas, la población de edad comprendida entre 20 y 74 años en estos países le dedica diariamente entre 3 horas y 4 minutos en el caso más bajo (Noruega) y 4 horas y 1 minuto en el caso más elevado (Estonia). Este es un promedio referido a toda la población de esa franja de edad y a todos los días del año, tanto si desarrolla la actividad como si no. En cuanto a la población de esa misma franja de edad que dedica diariamente algo de tiempo a esa actividad, la proporción es cercana al cien por cien, con el mínimo en Francia (89%) y el máximo en Suecia y Noruega (95%). Los varones asumen entre el 34% de la carga del trabajo no remunerado en el caso más bajo (Francia) y el 40% en el caso más igualitario (Suecia). España se situará en una posición aun más extrema que Francia.

Respecto al trabajo remunerado, que incluye los viajes de trabajo y la formación recibida en horario laboral, en el país de mínima dedicación de los analizados (Alemania, casi igualado con Bélgica), las mujeres sólo le dedican 1,52 y 1,53 horas y minutos respectivamente. Las máximas se producen en Suecia (2,53) y Eslovenia (2,42 horas y minutos). Entre los varones, la máxima se produce en Suecia (4,11) y la mínima en Bélgica (3,15). La diferente composición por edades de la población puede tener alguna incidencia en estos resultados, que no obstante se deben principalmente a diferencias en la estructura social de cada país.

En conjunto, la suma de ambos tipos de trabajo resulta en una carga diaria de trabajo considerablemente más larga en la mayoría de los países para las mujeres, que sobrepasa en algunos casos en una hora a la de los varones, esto es, en un 15% de la jornada media durante todos los días del año. La excepción es Suecia, donde los varones trabajan como promedio cinco minutos diarios más que las mujeres.

Resulta difícil negar la importancia política y económica de estos resultados, especialmente si se tiene en cuenta que el tiempo es un recurso absolutamente inelástico a nivel individual, y que toda la población dispone del mismo capital-tiempo diario, que ha de distribuir entre destinos alternativos elegidos de grado o por fuerza. Es este tema de la relativa constricción en la selección de las actividades a las que se adscribe el tiempo lo que otorga a las encuestas de uso del tiempo su alto potencial político.

Mientras los movimientos sociales y los representantes políticos tratan de encontrar nuevas definiciones de riqueza, bienestar y crecimiento, las grandes instituciones encargadas de medir estos parámetros se enfrentan a una paradoja, que ha sido muy visible en el Foro de Palermo. Por una parte, las grandes declaraciones de objetivos, que se expresan sobre todo en las alocuciones de apertura y clausura o en los *key speakers*, resaltan el compromiso con la sociedad y con la búsqueda de indicadores que reflejen el cambio y el progreso real, para todos los grupos sociales. Pero por otro, la exigencia de calidad técnica se convierte en un elemento inercial que puede entrar en contradicción con la puesta en práctica de los objetivos anteriores.

Esta paradoja se refleja muy bien en un documento, por otra parte excelente, titulado “Indicators for E.U. policy making: the example of structural indicators” presentado desde Eurostat en el mismo Foro de Palermo por P. Díaz Muñoz. El método de coordinación estadística OMC (Open Method of Coordination) establecido formalmente por el Consejo Europeo celebrado en Lisboa (23-24, marzo, 2000) y los documentos a los que posteriormente ha dado lugar, han

tenido un impacto considerable en el papel de los estadísticos en los procesos políticos de toma de decisiones. El Consejo de Lisboa lanzó el desafío de hacer de la Unión Europea “la economía más competitiva y dinámica del mundo, basada en el conocimiento, capaz de crecimiento económico sostenible, con más y mejores empleos y mayor cohesión social”. Para ello invitaba a la Comisión a presentar un Informe anual de síntesis sobre los progresos obtenidos, basándose en indicadores estructurales que habrían de convenirse, relativos a empleo, innovación, reformas económicas y cohesión social. La misma idea fue impulsada en el Consejo Europeo de Barcelona (2002).

Lo paradójico de los indicadores estructurales radica en que las exigencias de calidad que deben reunir neutralizan en gran medida la posibilidad de innovación y de facilitamiento de la medición de la cohesión social que la propia declaración de Lisboa destacaba entre sus objetivos. Entre las características de “calidad” figura que los indicadores se encuentren disponibles en los plazos previstos, tanto en los países miembros como en los accedientes y candidatos, que se basen en fuentes fiables, que permitan la comparación entre los países, y, dato este muy relevante a efectos prácticos, que no impongan una carga excesiva a los institutos estadísticos ni a los facilitadores de datos.

Todas ellas son condiciones razonables, y es evidente que hacia estos *standards* de calidad deben tender todas las fuentes estadísticas. A estos criterios se añade la conveniencia de que puedan realizarse series históricas para posibilitar el análisis dinámico y que existan fuentes homologadas para Estados Unidos y Japón.

El problema que se plantea con el énfasis en la calidad del procedimiento de medida es que son los temas anteriormente descuidados por la información estadística, como el trabajo no remunerado, los que menos probabilidad tienen de ser rescatados de su penuria informativa, precisamente por la debilidad de su posición de partida. En cambio, indicadores de crecimiento y progreso tan discutibles como el Producto Interior Bruto mantienen una supremacía absoluta.

La “comunidad organizada de prácticas” a la que la OCDE se refería en su convocatoria del Foro Mundial de Palermo será eficaz si realmente todos los agentes convocados (políticos, parlamentarios, investigadores, representantes de asociaciones interesadas) tienen posibilidad de intervenir activamente en la configuración de la propia comunidad, o lo que es lo mismo, si su papel va mucho más allá del de usuarios en diferido de los productos elaborados por los institutos de estadística nacionales.

Probablemente, las instituciones estadísticas no tienen muchas posibilidades reales de introducir innovaciones sustantivas, de perspectiva, en su trabajo de conjunto, porque sus programas de trabajo resultan de convenios y tienen que mantener los compromisos ya adquiridos de suministro de información a los propios gobiernos y a las entidades internacionales, que les vinculan en fondo y forma. También es cierto que la innovación es difícil de introducir si no va acompañada de reducción de otros objetivos o de la ampliación de las dotaciones presupuestarias y de personal fijo.

Esta dificultad es comprensible; pero si la innovación en la instauración de nuevas formas de observación no se promueve decididamente desde las grandes instituciones nacionales e internacionales productoras de datos, ¿a quién le corresponde arriesgarse a hacerlo?

Referencias bibliográficas

Blades, Dereck, and Roberts, David. (2003): “Mesurer l’économie non observée”, *Cahiers Statistiques*, OECD, janvier, n° 5, pp/ 1-8.

Díaz Muñoz, P. (2004): Report presented at the OECD World Forum on “*Statistics, Knowledge and Policy*”, Palermo, nov.

Durán, M.A. (Dir.) (2000): *La contribución del trabajo no remunerado a la economía española. Alternativas metodológicas*, Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales y Trabajo, Madrid.

Durán, M.A. (1995): “Invitación al análisis sociológico de la Contabilidad Nacional”, en el número monográfico sobre “El trabajo no monetarizado”, *Revista Política y Sociedad*, n° 19, pp/ 83-99, Madrid.

Neuman, Brigitte (2004): Report presented at the OECD World Forum on “*Statistics, Knowledge and Policy*”, Palermo, nov.

Niemi, Iris (Dir) (2004): *How Europeans spend their time*, Pocketbook, Eurostat.

Viveret, Patrick (2001): Conseiller référendaire à la Cour des Comptes. Rapport d’étape de la mission “Nouveaux facteurs de richesse” au Secrétaire d’Etat à l’Economie Solidaire, Mr. Guy Hascoët. Publié par ATTAC, France, jun.

Notas

(1) Durán, M.A. (Dir) “*El uso del tiempo: integración en el análisis de la estructura social y económica*”, Plan Nacional de I+D+I (2000-2003), SEC2002-00504.